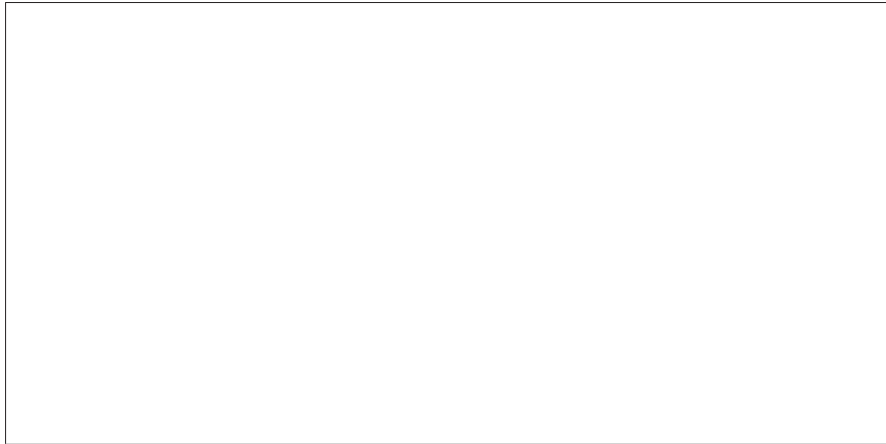


DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

**DÓNDE ENTERRÉ A
FABIANA ORQUERA**

CRISTIAN PERFUMO



Fecha de catalogación:

Edición: *Trini Segundo Yagüe*

Diseño de tapa: *Verónica Naves Manildo*

www.mandragoradg.com.ar

Imágenes de tapa y contratapa: *Jorge Combina*

www.facebook.com/jorge.combina

Diseño de interior: *TecnoOffset Diseños*

www.tecnooffset.com.ar

www.fabianaorquera.com.ar

© 2013 Ediciones Gata Pelusa

Primera edición: Noviembre de 2013

ISBN:

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra,
en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico
o mecánico, sin el permiso previo y escrito del autor.

HECHO EN ARGENTINA. MADE IN ARGENTINA

*A Angelita,
a quien siempre vi con un libro en las manos.*

1

LA CARTA

Cuando encontré la carta, yo de Fabiana Orquera sabía lo que cualquiera en Puerto Deseado. Sabía que hacía muchísimos años se había ido a pasar un fin de semana romántico con un tipo, y que nunca más se supo de ella. Sabía que al tipo en cuestión, casado y candidato a intendente del pueblo, lo habían encontrado tirado en el suelo, inconsciente y empapado en sangre. Sabía que la sangre no era de él ni de ella, y que todo esto había sucedido en una casa cuyo vecino más cercano estaba a quince kilómetros.

La misma casa en la que, años después, yo pasaría casi todos los veranos de mi vida.

A los meses de la desaparición habían juzgado al tipo. Y aunque lo declararon inocente por falta de pruebas, el juicio le costó la candidatura en las elecciones. Eso era todo lo que yo conocía sobre Fabiana Orquera cuando encontré aquel sobre amarillento y ajado.

Al menos esos eran los hechos. Porque conjeturas había una por cada habitante de Puerto Deseado. Que si un rito satánico, que si no era la primera vez que el tipo hacía desaparecer a alguien. O que si la esposa...

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

porque ya se sabe cómo son las que tienen cara de mosquita muerta.

Volviendo a la carta, la descubrí por pura casualidad. Acababa de llegar a la estancia Las Maras tras una hora y media de viaje desde Puerto Deseado. Después de convidarme unos mates, Dolores y Carlucho, tan amigos de mis viejos que eran casi mis tíos, me indicaron en cuál de las cinco habitaciones de la casa dormiría yo ese verano.

Me tocó una de las más grandes. Una cómoda de madera maciza que hubiera valido una fortuna en un anticuario y un espejo sobre ella ocupaban la mayor parte de una de las paredes. En sus cajones, vacíos salvo por algunas bolitas de naftalina, fui guardando la ropa de abrigo que había llevado para pasar el verano en aquella casa en el medio de la Patagonia. Abrí el cajón más bajo y puse en él toda la ropa interior que había traído. Al cerrarlo, descubrí la esquina de un papel amarillento asomando por debajo de la cómoda.

Era un sobre viejo. Con letra larga y apretada, alguien había escrito hacía mucho tiempo la frase “A quien lo encuentre”. Como único indicio del remitente, en el dorso había un lacre rojo con un sello circular.

Sin estar demasiado seguro de que fuera una buena idea, lo abrí y extraje una cuartilla de papel fino y quebradizo, escrito con la misma caligrafía.

Estancia Las Maras, Noviembre de 1998

Fueron casi dieciséis años de silencio absoluto,

LA CARTA

y dieciséis años es mucho tiempo. Ya no queda ningún motivo para ocultarlo: Raúl lleva muerto casi un año y a mí no sé cuánto hilo me queda en el carretel.

Por eso decidí contar quién soy y dónde enterré a Fabiana Orquera.

La respuesta está al alcance de todos, en las páginas que nadie lee ni recuerda.

NN

Para cuando terminé de leerla por tercera vez, el corazón me latía con fuerza. Mientras caminaba por la habitación, me pregunté una y otra vez quién era NN, qué habría hecho con Fabiana Orquera y a qué se refería con que la respuesta estaba al alcance de todos.

Entonces alguien abrió la puerta de la habitación.

2

LAS MARAS

—Cenamos en cinco minutos, Nahuel —me dijo Dolores Nievas, asomando la cabeza.

—Gracias, Lola. Ahora voy.

—No tardes, que ya sabés cómo se pone Carlucho —dijo, y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Miré el reloj. Casi las diez de la noche, y a la luz del día todavía le quedaba un buen rato. Por la ventana vi el sol enorme que empezaba a esconderse, alargando las pocas sombras de la meseta patagónica. Una pequeña construcción de piedra a la que llamábamos la Cabaña y un molino eran lo único que se erigía a más de medio metro del suelo. El resto era tierra gris y matas bajas entre mi ventana y el horizonte.

Metí la carta en el sobre y la dejé en el cajón junto con mi ropa interior, calculando que habían pasado más de catorce años desde que NN la había escrito. Desde noviembre de 1998 hasta enero de 2013.

El dos de enero de 2013, para ser precisos. La primera vez en muchos años que mi familia y los Nievas, dueños de Las Maras, no pasaban juntos las fiestas de fin de año. A mi viejo le había dado un preinfarto en noviembre y el médico le había recomendado que se

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

quedara en el pueblo, cerca del hospital. A pesar de las protestas, entre mi mamá y yo lo obligamos a pasar la navidad y el fin de año en casa, aunque significara romper con una tradición que tenía más años que yo.

Eso hizo que las fiestas ese año fueran las más raras de mi vida. Estaba acostumbrado a pasarlas con mis padres, sí, pero no en su casa. No en Puerto Deseado, brindando con los vecinos. Para mí el año nuevo significaba que a las doce y cinco nuestros fuegos artificiales fueran los únicos en el cielo. Que cuando los platitos con garrapiñadas quedaban medio vacíos, la enésima chacarera la cantaran Carlucho y mi viejo, borrachos y abrazados. Y que a las cuatro de la mañana nos diéramos cuenta de que se estaba haciendo de día y cerráramos las cortinas para seguirla un rato más.

Fue justamente esa nostalgia la que causó que el mediodía de ese dos de enero, cuando terminamos por fin con las sobras de la cena de fin de año, decidiera ir a Las Maras a visitar a los Nievas. Sabía que no sería lo mismo que pasar las fiestas con ellos, sobre todo porque la mayoría de los veintipico que celebraban el año nuevo allí ya estarían de vuelta en sus casas. Los únicos que se quedarían, como siempre, hasta bien entrado enero serían Carlucho y Dolores Nievas. Así y todo, quise ir a pasar unos días con ellos en el campo, sin teléfono, ni Internet, ni un solo nene que me gritara “hola profe” por la calle.

Fue así como, después del postre y de tomar unos mates con mis viejos, abrí la puerta del Fiat Uno y tiré el asiento del conductor hacia adelante. Mi perro Bongo se sacudió el pelaje negro, pegó un ladrido mirándome

LAS MARAS

con su cara cruzada por cicatrices y se subió de un salto. Hicimos los ochenta kilómetros desde Deseado a Las Maras mientras Charly García y yo cantábamos todas las canciones de Casandra Lange.

3

PABLO

Como cada año en esa época, unos tabloncitos apoyados sobre caballetes de madera duplicaban la longitud de la mesa de comedor. Los cuatro comensales se agrupaban en una punta. Carlucho Nievas estaba sentado en la cabecera, y a su derecha su esposa Dolores me hacía señas para que me apurara. Frente a ella, Valeria, la única hija del matrimonio, coqueteaba con su nuevo novio.

—Dale Nahuel, que se enfría —dijo Carlucho al verme aparecer en el comedor.

Me senté al lado de Dolores, justo enfrente del novio de Valeria.

—Perdón por darles de comer recalentado, pero esto no lo vamos a tirar —dijo Carlucho, señalando sobre la mesa una fuente en la que apenas cabía una paleta de cordero—. Sobró del asado que hicimos al mediodía para despedir a los últimos parientes.

—¿Qué dice, Carlos? Si me sirven esto en un restaurante y me cobran un ojo de la cara, dejo el otro de propina —dijo el novio de Valeria.

El comentario me pareció bastante pelotudo. Sin embargo, encontré normal que el pibe aprovecharse

cualquier oportunidad de anotarse un punto con sus futuros suegros. Después de todo, había manejado trescientos cincuenta kilómetros, sesenta de ellos de ripio, desde Comodoro Rivadavia para conocer a los padres de Valeria.

—Los piropos guardalos para mi hija —respondió Carlucho, hundiendo un cuchillo de hoja ancha en la pata de cordero.

El novio —Pablo se llamaba— empezó a murmurar algo como disculpándose, pero lo interrumpió la carcajada ronca de Carlucho, que terminó de separar un trozo de carne del hueso y se lo puso a Pablo en el plato.

—Ya te dije como es mi papá —dijo Valeria riendo, y lo besó en la mejilla.

Desvié la vista, simulando interés en la comida.

Carlucho continuó sirviendo carne hasta que todos tuvimos un trozo. Dolores nos llenó los vasos con torrontés salteño y empezamos a comer.

La conversación transcurrió casi todo el tiempo en torno a las preguntas que Pablo hacía a Carlucho sobre el funcionamiento del campo. Cuántas ovejas por hectárea, cuánta lana por oveja y los silencios entre medio para las multiplicaciones pertinentes. A la hora del postre —sobras de tiramisú y *lemon pie*—, Pablo ya tenía suficiente información para saber que con Valeria había que estar por amor. El único interés que tendría cabida en esa relación era el que se llevaba el banco.

—Vale nos contó que te dedicás a la informática. ¿Arreglás computadoras? —preguntó Dolores a su

futuro yerno.

—No exactamente. Desarrollo *software*.

Carlucho y Dolores lo miraron sin pestañear.

—Hace programas que se ejecutan en una computadora. Como el Word —traduje.

—Gracias, Nahuel —dijo Pablo—. Trabajo para la empresa más grande de Comodoro en el área. La mayoría de nuestros clientes son petroleras.

—¿Y te gusta? —pregunté.

Me miró desconcertado.

—No me quejo. Se trabaja mucho, pero es una de las empresas que mejor paga a los programadores en el país. ¿Y vos, Nahuel, a qué te dedicás?

—Soy maestro.

—¿De escuela? —me preguntó, como si no hubiera entendido bien.

—Sí, de segundo y tercer grado. Nenes de siete y ocho años.

Pablo se llevó a la boca la cuchara colmada de postre. Cuando la sacó, perfectamente limpia, la usó para apuntarme.

—¿Te soy sincero? Yo no podría.

Gracias por el dato, pensé. Revelador.

—No es para cualquiera —intervino Dolores, que se había jubilado como directora de la escuela donde yo trabajaba—. Los chicos son difíciles, y hasta crueles a veces. Si no los mantenés entretenidos, alpiste perdiste. Pero Nahuel tiene una pasta impresionante. Lo adoran.

—¿No estarás un poquito condicionada porque me querés mucho vos?

—¿Un poquito condicionada? —saltó Valeria, y después agregó con voz aguda—. “¿Qué querés comer hoy, Nahuelito?” “No, dejá, no te levantes, que te llevo el mate a la cama”.

—Es que es difícil no quererlo a éste. Es el hijo varón que nunca tuve —le comentó a Pablo y me pegó una palmada suave detrás de la cabeza.

Mientras él asentía con una sonrisa, la mirada de Valeria y la mía se cruzaron por un segundo. Intenté tragar, pero no pude.

—O sea que un señor maestro y un tipo querido.

—Y además, escritor —agregó Dolores sin darme tiempo a abrir la boca.

—No me digas, ¿en serio?

—A ver, todo lo que te diga ella, tomátele como si viniese de mi mamá. Soy un maestro normal y corriente. Esa es mi profesión. Lo de escribir es más un *hobby* que otra cosa. Pero de ahí a...

—¿Novelas? —me interrumpió Pablo.

—No, eso me sería imposible. Tengo cero imaginación. Si tuviera que ponerle un nombre a lo que hago, es más periodismo que escritura. De vez en cuando publico una sección en El Orden, el diario de Deseado.

—Algo más que un aficionado, entonces. ¿Y de qué es la sección?

—Es difícil definirla, la verdad. Sería periodismo de investigación, pero a nivel pueblo. Por ejemplo, en

octubre escribí dos páginas con la historia de cómo un terreno que estaba destinado a ser la plaza de un barrio se convirtió en locales comerciales tras una noche de póquer entre un concejal y sus amigotes.

—“La plaza de los otros juegos” —dijo Carlucho.

—Así es como se llamó el artículo y así es como la gente del pueblo llama ahora a esa zona, que nunca llegó a ser plaza —añadió Dolores.

—O sea que lo de un tipo querido, depende a quién le preguntes —concluyó Pablo.

—Totalmente. Hay un montón de gente en el pueblo que no me puede ni ver. Es bastante entendible, la verdad. Cuando uno se dedica a sacar trapitos al sol en un lugar así de chico, es inevitable caerle mal a más de uno. De hecho, de vez en cuando recibo alguna que otra amenaza. Mensajes en el teléfono, sobre todo.

—¿Y no te da un poco de miedo? —preguntó Pablo.

—Miedo, no. Me cuido, eso sí. Si me amenazan, automáticamente a la semana siguiente los escracho en la columna. Si sé quiénes son, lo hago con nombre y apellido, y si no, transcribo el mensaje que me hayan dejado y hago una carta abierta.

—O los vas a buscar a la casa y te agarrás a las trompadas —apuntó Valeria.

—Esos fueron casos puntuales en los que perdí los estribos. En general me limito a escracharlos. Una vez que hay una denuncia pública, ¿te pensás que se van a animar a hacerme algo? Además, no todo lo que publico es así de polémico.

—Es un *hobby* mucho más arriesgado que el

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

mío. Soy numismático. Las monedas son bastante más inofensivas.

—¿Y ya tenés pensada la próxima historia, Nahuel?
—preguntó Valeria.

—Tengo ganas de escribir sobre Fabiana Orquera.
Se me ocurrió hace poco.

Menos de una hora para ser exactos, pero eso preferí no decirlo.

Al escuchar el nombre de Fabiana Orquera, los padres de Valeria dejaron de masticar.

—¿Café? —preguntó Dolores.

Todos dijimos que sí.

4

LA DESAPARICIÓN

—Fabiana Orquera —explicó Valeria a Pablo— es una mujer que desapareció en esta casa a principios de la década del ochenta.

—Marzo de mil novecientos ochenta y tres —precisó Carlucho.

—¿Cómo que *desapareció*?

—Yo tenía la edad de ustedes y acababa de hacerme cargo de este campo —nos dijo Carlucho—. Mi madre había muerto hacía poco y mi papá, que tenía cerca de setenta años, ya no estaba para quedarse solo en esta casa. Si le llegaba a pasar algo, estaba a quince kilómetros del vecino y a ochenta del hospital. Así que lo convencí para que se viniera a Deseado.

—¿Y no se quedó nadie en la estancia?

—Sola no se puede dejar —rió Carlucho—. Y yo no me podía mudar para acá porque me iba bastante bien en Deseado con el taller mecánico, así que contraté a un mensual para que mantuviera el campo. Yo vendría todos los fines de semana que pudiera para supervisar y ayudar.

—¿Y alcanza con una sola persona para mantener un campo de veinte mil hectáreas?

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

—Para las tareas de mantenimiento, sí. Un tipo con experiencia basta y sobra para rodear ovejas, revisar alambrados, cuidar la casa. Ahora, para los trabajos más pesados, como la esquila o la señalada, siempre se contrata más gente. De hecho, lo seguimos haciendo así desde hace treinta años.

Pablo no parecía del todo satisfecho con la respuesta. Supuse que para alguien que no había estado nunca en un campo de la Patagonia era imposible imaginarse que en una superficie del tamaño de un país pequeño pudiera vivir una única persona. Y mucho menos, que su medio de transporte fuera un caballo.

—Como al mensual lo instalamos en la casita esa que está del otro lado de los tamariscos, ésta quedó vacía. Entonces se me ocurrió que los fines de semana que yo no viniera, podía alquilarla para sacar unos pesos extra.

—¿Pero eso funciona en un lugar como éste?
—preguntó Pablo—. Deseado está a ochenta kilómetros, y Comodoro, casi a trescientos. ¿Qué tipo de gente alquila una casa en el medio de la nada?

—Yo también tenía esa duda la primera vez que puse el anuncio en El Orden, hace treinta y pico de años. Y resulta que, casi sin querer, descubrí que había mucha gente casada interesada en alquilarla.

—¿Matrimonios? —preguntó Pablo.

—Más bien uno de cada matrimonio —corrigió Carlucho.

Pablo miró a Valeria, desconcertado.

—A ver, amor, imagínate que vivís en un pueblo

LA DESAPARICIÓN

en el que todo el mundo sabe vida y obra del vecino. Imaginate además que estás casado y le estás metiendo los cuernos a tu mujer. Si vas a la casa de tu amante, alguien te va a ver seguro. A un hotel no podés ir, porque si el recepcionista no te conoce a vos, conoce a algún pariente tuyo. ¿Qué hacés?

—Me voy a pasar un fin de semana con mi amante a Comodoro.

—Estás pensando como alguien de la *city* —rió Valeria—, no como alguien de pueblo. Comodoro está lleno de deseadenses. No te olvides que somos un pueblo chiquito, sin universidad, sin grandes tiendas de ropa y, hasta hace poco, sin oculista. ¿Y dónde vamos cuando necesitamos todo eso? A Comodoro..

—O sea que usted alquilaba esta casa para aventuras extramatrimoniales.

—No. Yo alquilaba esta casa para que la gente viniera a pasar unos días en el campo y no le hacía preguntas a nadie.

—¿Y qué pasó con Fabiana Orquera, Carlucho? —intervine para reencauzar la conversación.

—Raúl Báez vino a verme una tarde al taller y me preguntó si le podía alquilar la casa para el fin de semana siguiente. Le respondí que no, porque tenía planeado venir yo. De hecho me iba a acompañar tu viejo —añadió mirándome—. Íbamos a venir a cazar guanacos y pescar en Cabo Blanco. En esa época éramos solteros, aunque él ya noviaba con tu mamá y Dolores y yo estábamos a punto de casarnos.

Mi padre y Carlucho eran amigos de toda la vida.

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

Se habían conocido al empezar la escuela —la misma a la que había ido yo y en la que ahora trabajaba. Sesenta y cinco años más tarde, todavía les quedaban ganas de seguir viéndose las caras. Mi viejo, jubilado hacía años, iba dos o tres veces por semana a tomar mate al taller. Y de no ser por el preinfarto, el día en que Carlucho se disponía a contarnos la historia de Fabiana Orquera mi papá habría estado junto a él en Las Maras, ayudándole a vaciar la botella de torrontés.

—Pero Báez insistió. Me dijo que necesitaba que fuera ese fin de semana sí o sí y se ofreció a pagarme el doble.

—Típico del que tiene guita de sobra —agregó Pablo.

—No. No era esa la actitud del tipo. Fue más bien la de alguien desesperado que te pide un favor.

—¿Te dijo para qué quería la casa? —preguntó Valeria.

—Esa era la pregunta que yo había aprendido a no hacer. Simplemente le dije que sí y acepté el doble. De hecho —dijo bajando la voz hasta un tono casi imperceptible— con ese dinero compré...

Levantó la mano izquierda para mostrarnos la palma. Con el pulgar señaló la alianza de oro en su dedo grueso.

—Pero ese detalle mejor no lo escribas, Nahuel, porque a Dolores no le gusta que lo mencione.

—No es que no me guste que lo menciones —la voz de la mujer se oyó desde un rincón del comedor y su figura regordeta apareció con cinco tazas humeantes sobre una bandeja—. Lo que no me gusta es que

LA DESAPARICIÓN

relaciones estas alianzas, que simbolizan toda una vida juntos, con algo tan feo. Si no te hubiera pagado ese día Báez en el taller, habría aparecido cualquier otro a alquilar la casa o a que le arreglaras el coche, ¿o no? Y las alianzas las habrías comprado igual.

—Por supuesto que sí, mujer —dijo Carlucho, sonriéndole a Dolores—. Volviendo al tema, Báez me dijo que pasaría el fin de semana en la casa y que el lunes me dejaría la llave en un buzoncito yo que tenía en el taller. Yo tuve que hacer un viaje a Comodoro y cuando volví, el martes al mediodía, el buzón estaba vacío. Pensando que se habría olvidado, me voy para su casa y cuando golpeo la puerta me abre la esposa con los ojos hinchados de llorar. Al reconocermme, empezó a pegarme con las manos cerradas, llorando y gritando que todo había sido culpa mía.

—¿Báez estaba casado con otra? —preguntó Pablo.

—Ya te dije. Casi todos los que me alquilaban estaban casados con otra.

—¿Y qué le dijiste a la mujer? —quise saber.

—Nada, ¿qué le iba a decir? Le pedí que se calmara y que me explicara lo que había pasado. Pero la señora no hacía más que llorar y gritarme que Báez estaba preso por culpa mía. En su cabeza, si yo no le hubiera alquilado a su marido para que se fuera con otra, nada de lo que vino después habría sucedido.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntó Pablo.

Carlucho se levantó de su silla y con un gesto nos indicó que lo siguiéramos.

5

LA ESCENA DEL CRIMEN

Un minuto más tarde estábamos todos en la cocina.

—Según Báez, ese domingo él y Fabiana Orquera se levantaron, desayunaron y salieron a caminar por el campo.

—Que yo no digo que no sea verdad —interrumpió Dolores, que se disponía a lavar los platos—, pero con el viento que hubo ese fin de semana en Deseado, me cuesta creerlo.

Carlucho levantó los hombros antes de hablar, como quien ya está cansado de pelear la misma batalla.

—Según su historia, que ya nadie puede saber si es cierta o no, desayunaron y salieron a pasear. Al volver a la casa, Báez fue a buscar carne que el mensual le había dejado preparada en la carnicería.

—La carnicería es el cuartito donde se carnean los corderos y se los deja colgados para que se oreen —dijo Valeria, adelantándose a la pregunta de su novio.

—Ahora no se ve porque es de noche, pero esa ventana da a un caminito de piedras —continuó Carlucho, señalando el vidrio enorme que nos reflejaba

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

como un espejo negro—. Bordeándolo, hay una hilera de tamariscos de unos treinta metros más o menos. Cuando se terminan esos árboles, si girás a la derecha y caminás unos veinte metros más, está la casa del mensual.

—Y atrás de ella, la carnicería —agregó Valeria.

—Báez declaró que antes de desaparecer detrás de los tamariscos se volvió para tirarle un beso a Fabiana, y que ella lo miraba por esta ventana mientras preparaba algo para picar. Dijo que tras saludarla, se perdió detrás de los árboles y a los pocos metros sintió un golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento. Cuando se despertó estaba de nuevo en esta casa, en la vieja despensa.

—Todo esto, según él —acotó Dolores, que seguía lavando los platos.

—Según él —aceptó Carlucho y abrió una puerta de madera en la cocina.

Encendió la luz, invitándonos a entrar en una pequeña habitación en la que apenas cabían dos camas. Reconocí sobre ambas las mantas de lana tejidas a croché bajo las cuales había dormido más de un verano. Era, con diferencia, la habitación más fría de la casa. De sus años como despensa todavía conservaba estantes en dos de las cuatro paredes y ganchos de hierro colgando del techo.

—A partir de acá, su declaración y la del mensual son idénticas. Cuando Báez se despertó, estaba tirado ahí.

Señaló con el dedo el suelo en la entrada de la

habitación.

—Alcides, el mensual, le pegaba en la cara con la mano abierta. Al incorporarse, lo primero que notó fue que estaba prácticamente bañado en sangre y que junto a él había un cuchillo enorme, también manchado.

—¿Lo apuñalaron? —preguntó Pablo.

—No, no tenía ni un rasguño —dijo Dolores desde la cocina.

—La sangre no era de él —agregó Carlucho.

—Entonces tenía que ser de Fabiana Orquera —sugirió Pablo—. Báez la podría haber matado y, después de deshacerse del cuerpo, fingir un ataque sabiendo que el mensual tarde o temprano lo encontraría. O quizás era inocente y quienes lo atacaron, asesinaron a Fabiana Orquera y empaparon a Báez en su sangre para inculparlo.

—Ni una cosa ni la otra —dijo Carlucho—. Más tarde la policía comprobó que la sangre tampoco era de Fabiana Orquera.

—¿Había pruebas de ADN en esa época? —preguntó Pablo.

—No sé —dijo Carlucho—, pero en este caso no hizo falta. Era sangre de oveja. El mensual después declaró que en la carnicería había un cordero degollado sobre el banco para carnear. Estaba sin cuerear y no le habían abierto la panza para sacarle las vísceras. Solamente le habían hecho un tajo en la garganta.

—¿Y qué más descubrió la policía? —quiso saber Pablo.

—Nada más. Durante varios días la casa pareció

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

una película yanqui. No me dejaban entrar ni a mí. Al cabo de una semana concluyeron que era como si la chica se hubiera esfumado. Hasta perros trajeron, pero no la pudieron rastrear. Me acuerdo que se la pasaban, pobres bichos, peleándose con los ovejeros de Alcides.

—¿Y esto en qué año dice que pasó, don Carlos?

—En el ochenta y tres.

—Plena dictadura militar —dijo Pablo.

—Fines de la dictadura militar —corregí—. Las elecciones fueron en octubre y esto pasó en marzo.

—¿Y no puede ser que a Fabiana Orquera la hicieran desaparecer los militares?

—Puede ser —intervine—. Después de todo, los milicos se chuparon como a treinta mil personas.

Recordé las veces que mi tío Hernando, el hermano de mi madre, me había contado los horrores de haber estado preso durante la dictadura en el setenta y siete. Él tuvo suerte y lo largaron a los tres meses, pero de su novia y dos compañeros de la universidad nunca se supo nada más.

—Mucho menos —dijo Pablo—. Son tantos los que dicen treinta mil como los que dicen siete mil.

—Perdoname, pero para mí los que dicen siete mil son unos fascistas —dije sin pensar.

—Con tu misma lógica, para mí los que dicen treinta mil son unos zurdos que siempre están en contra de todo.

—Okey —intervino Valeria—. Acá no estamos para hablar de política.

LA ESCENA DEL CRIMEN

—Esto no es política —corregí—. Es la historia de uno de los genocidios más grandes del país.

—No importa qué título tenga, Nahuel —insistió Valeria—. Estamos hablando de Fabiana Orquera.

—¿Pero puede ser o no que esta mujer fuera uno de los subversivos que los militares querían limpiar? —preguntó Pablo.

—No creo —concluyó Carlucho—. Yo tuve un amigo al que lo chuparon los milicos. La forma en la que desapareció esta chica no concuerda para nada con cómo se movían ellos. Los militares te iban a buscar a tu casa y ponían todo patas para arriba. Buscaban pruebas, libretas de contactos, información. Lo que sea. Pero a la casa de Fabiana Orquera no fue nadie, y acá no tocaron nada. Y después está la sangre de cordero, eso sí que no encaja de ninguna forma.

—Además la mayoría de los desaparecidos de la dictadura fueron detenidos entre el setenta y seis y el setenta y ocho —dije a Pablo—. Tengo varios libros sobre el tema en casa. Si querés te presto uno.

Valeria me fulminó con la mirada.

—¿Y la familia de Fabiana Orquera lo culpó a usted también, como lo hizo la mujer de Báez? —preguntó Pablo, haciendo de cuenta que no me había oído.

—No, porque Fabiana Orquera llevaba apenas un año en Deseado y no tenía ningún familiar en el pueblo. Era de Entre Ríos y, según lo que supe en el juicio, la policía no pudo encontrar a ningún pariente suyo allá tampoco.

—¿Y nadie la reclamó nunca?

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

—El único que hizo la denuncia por desaparición en todo el país fue el propio Báez.

—De cualquier forma, en esa época no creo que las denuncias por desaparición tuvieran demasiada importancia.

Carlucho negó con la cabeza.

—Ni siquiera años después, cuando volvió la democracia y se abrieron las listas de personas desaparecidas. Ningún familiar preguntó por ella, jamás. Me lo confirmó muchos años después el fiscal del caso, ya retirado. Vino al taller para que le arreglara el auto.

—Era la víctima perfecta —observó Pablo—. Sin familia y recién llegada de la otra punta del país.

El ruido del agua corriendo cesó y Dolores apareció en el cuartito secándose las manos con un trapo. Puso un brazo alrededor del cuello de su marido y Carlucho bostezó instantáneamente. Valeria también abrió la boca grande, pero no pude saber si su bostezo era real o fingido.

—Mejor vamos a dormir así mañana aprovechamos el día —dijo, dándole un beso rápido en la boca a su novio—. No nos despiertes muy temprano, papi, que a Pablo no le gusta madrugar.

—¿Temprano? Temprano se despierta el mensual, que a las cuatro y media está arriba con el primer rayo del sol.

—Vamos —dijo Valeria riendo, y besó de nuevo a su novio.

LA ESCENA DEL CRIMEN

—¿Y en qué habitación durmieron Fabiana Orquera y Báez ese fin de semana? —preguntó Pablo.

—No tengas miedo, que no fue en la nuestra —rió su novia.

—No. Fue en la de Nahuel.

6

SOBRE NUESTRAS CABEZAS

—Antes de que nos vayamos a dormir, don Carlos —dijo Pablo cuando Carlucho puso el dedo sobre el interruptor de la luz de la despensa—. Usted mencionó un juicio. ¿Estuvo preso Báez?

—Lo absolvieron —dijo Dolores con un gesto amargo.

—Por falta de pruebas —agregó Carlucho.

—Es cierto. Nunca se pudo probar que hubiese sido él quien hizo desaparecer a esa chica. Tampoco que no lo hubiese hecho.

—Esole arruinó la carrera política, ¿no? —intervine, recordando un artículo que había leído hacía un par de años en el archivo de El Orden, mientras buscaba información para escribir una historia en mi columna.

—¿Era político? —se sorprendió Pablo.

—Candidato a intendente —respondió Carlucho—. Pero en las elecciones del ochenta y tres se tuvo que bajar, porque estaba en pleno juicio. Años más tarde se volvió a presentar, pero sacó una cantidad de votos muy baja. Yo si tengo que tomar partido creo que el tipo era inocente, porque después del juicio se quedó en el

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

pueblo, siguió trabajando, se volvió a presentar para intendente. No sé qué habrá hecho para convencer a los del partido de ser el candidato, porque en el pueblo una vez que te hacen la cruz...

—La mayoría en Deseado, yo incluida, cree que fue él quien la mató —interrumpió Dolores—. Y muchos de los que lo consideraron inocente del delito, condenaron que hubiera engañado a la mujer diciéndole que ese fin de semana se iba a una reunión del partido en Río Gallegos.

—Y después vinieron los mil rumores sobre lo que había pasado —dijo Carlucho.

—Si los chimentos se pudieran exportar, seríamos una potencia mundial —añadió Valeria.

—Con este tema, hubo de todo —rió Carlucho—. No faltaron los que aseguraron que yo tuve algo que ver, por ejemplo.

—A pesar de que cientos de personas te vieron todo el fin de semana en las carreras de Fiat 600 y de que el lunes estuviste en Comodoro —completó Dolores.

—Es cierto. Y con el tema de la sangre, no sabés la de historias que se inventaron. Que si un rito satánico, que si juegos sexuales morbosos. A mí una vieja me llegó a decir que siempre había sabido que Báez era un vampiro.

—Pero esa era la loca Azcuénaga, que no se la tomaban en serio ni sus hijos —rió Dolores, que seguía abrazada a su marido—. Lo mismo que el viejo Logan, que lo más cerca que estuvo en su vida de acá fue Cabo

Blanco y así y todo sostuvo, hasta el día que se murió, que la casa había quedado embrujada con el fantasma de Fabiana Orquera.

—Eso debe haber perjudicado el negocio, ¿no, don Carlos?

—Un poco, la verdad. Después de que pasó todo eso dejamos de alquilar esta casa. Nos gastamos todos los ahorros en rehabilitar la vivienda del segundo mensual, que llevaba décadas abandonada y empezamos a alquilar esa. Así que los más supersticiosos perdieron el miedo.

Carlucho volvió a bostezar.

—Y eso es todo lo que sé sobre Fabiana Orquera.

—Y este hombre, Báez, ¿vive todavía? —quiso saber Pablo.

Un silencio incómodo invadió la despensa.

—No. La cosa terminó mal. Se ahorcó en el noventa y ocho, el día que se cumplían quince años de la desaparición de Fabiana Orquera.

Los ojos de Carlucho se dirigieron al techo y luego se cruzaron con los míos. Me bastó un segundo para entender que prefería no avanzar más con esa parte de la historia.

A las apuradas, el matrimonio nos deseó que durmiéramos bien. Carlucho salió de la casa a apagar el generador diésel sin contarle a su yerno el detalle que el resto ya sabíamos.

Quince años atrás, Raúl Báez había robado un coche en Puerto Deseado y conducido hasta Las Maras.

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

Rompiendo una ventana, se había metido en la casa y se había ahorcado del gancho de acero que pendía ahora sobre nuestras cabezas en la vieja despensa.